

ALFONSO SARMIENTO

A los veintiún años, en una hora sin luz de estos días alegres del mes de la Bordadita, el Angel de la Muerte paró las palpitaciones vigorosas del corazón del amigo con cuyo nombre encabezamos estas líneas; a los veintiún años, repetimos, porque esto es lo que más entristece y lo que más invita a una profunda meditación sobre los destinos humanos, y porque sus veintiún años eran como “un divino tesoro”, como una isla de excelencias vitales que, de pronto, desaparece y se esfuma en el mar de la muerte.

Allí se silenció el rumor de una fuente cristalina; allí, reintegrándose en la Suprema Armonía, se apagó una dulce canción. Y, sin embargo, los ecos de esa fuente y las notas de aquella canción, resonarán sin cesar en el corazón de la familia del extinto, en el de sus amigos y en esta Alma Mater, que fue su última casa, como la cadencia suave y triste de una música lejana, fugitiva y añorante.

Es así como las virtudes del que se va, decoradas, en el duelo presente, por mil bellas ilusiones que se disipan, como, a la llegada de la noche, el paisaje vespéral y magnífico del Valle que vió nacer a Alfonso Sarmiento, y el cariño y el vacío que deja el eternal viajero en los que se quedan, consagran, en la memoria de los vivos, la vida deshumanizada de los que mueren. Es así como el compañero, que se fugó de la tierra, continúa y continuará viviendo entre los suyos y entre nosotros, ahora cuando está en el centro de la vida plena, porque ya Aquel que reconoció y confesó delante de los hombres, se ha declarado por él y lo ha reconocido delante de Dios.

Así la muerte, lejos de ser una derrota, es una victoria, y el sepulcro, lejos de ser un pozo de dolor y de olvido, es una cisterna de consuelo y remembranza. Que de ella broten, especialmente para los familiares de Alfonso Sarmiento, los más gratos recuerdos, el bálsamo de la resignación y el óleo de la paz.

ANTONIO MORENO MOSQUERA.

Bogotá, mayo 12 de 1933.—N. de la R.